

*Pérdida de Cerdeña. – Crueldades cometidas por Mato y Esendio contra el derecho de gentes. – Consideraciones sobre este punto.*

Durante este mismo tiempo (año -239) los extranjeros que se hallaban de guarnición en la isla de Cerdeña, a ejemplo de Mato y Esendio, se alzaron en rebelión contra los cartagineses que allí había; y habiendo encerrado en la ciudadela a Bóstar, jefe de las tropas auxiliares, le quitaron la vida junto con sus conciudadanos. Los cartagineses mandaron allá al capitán Hannón con nuevas tropas; pero éstas le abandonaron, se pasaron a los rebeldes y, apoderadas de su persona, al punto le crucificaron. Meditaron después toda clase de tormentos para terminar con los cartagineses que habían quedado en la isla. Y finalmente, sojuzgadas las ciudades, gobernaron con imperio Cerdeña, hasta que sublevados contra los del país fueron arrojados por éstos a Italia. De este modo es como los cartagineses perdieron Cerdeña, isla considerable por su extensión, población y producciones. Repetir ahora lo que tantos y tan dilatadamente han dicho de ella me parece excusado, cuando todos lo confiesan.

Mato, Esendio y el galo Autárito, temerosos de la humanidad de Amílcar para con los prisioneros, y recelosos de que los africanos y la mayoría de extranjeros, llevados de este atractivo, no corriesen a la inmunidad que se les ofrecía, deliberaron cómo idearían alguna nueva impiedad con que las tropas se enfureciesen hasta el extremo contra los cartagineses. Decidieron que los convocarían a todos, y hecho esto, entraría en la junta un mensajero con una carta, como enviado de Cerdeña por los cabecillas de aquella rebelión. La carta indicaría que tuviesen especial cuidado con Gescón y todos sus compañeros, a quienes habían faltado a la fe en Túnez, como más arriba apuntamos, porque había algunos en el ejército que mantenían tratos secretos con los cartagineses para liberarlos. Efectivamente, Esendio, bajo este falso pretexto, exhorta primero a los suyos a que no crean en la humanidad del comandante cartaginés para con los prisioneros, pues por este medio no se había propuesto salvar la vida a los cautivos, sino apoderarse de los demás con el perdón de aquéllos y castigar a todos si confiaban en sus palabras. Tras esto les aconseja se abstengan de enviar a Gescón, si no quieren incurrir en el escarnio de los enemigos y ocasionar el mayor perjuicio a sus intereses permitiendo marchar a un hombre de su consecuencia y tan excelente capitán, que con toda seguridad vendrá a ser contra ellos su más terrible enemigo. Aún no había terminado de proferir estas palabras, cuando he aquí que se presenta otro mensajero, aparentando que venía de Túnez, con otra carta de igual contenido que la de Cerdeña.

Entonces tomó la palabra el galo Autárito, y manifestó: «El único medio de salvar los negocios es renunciar a todas las promesas de los cartagineses. Mientras se confíe en su humanidad no se podrá entablar con ellos alianza verdadera». Supuesto lo cual les suplicaba que creyesen a aquellos, oyesen a aquellos y escuchasen a aquellos que les propusiesen las mayores ofensas y crueldades contra los cartagineses, y reputasen por traidores y enemigos a los que les inspirasen los

sentimientos contrarios. Dicho esto, les exhorta y aconseja quiten la vida con la mayor ignominia a Gescón, a todos los que habían sido cogidos con él y a los prisioneros que en adelante se hiciesen de los cartagineses. El voto de éste era el de mayor peso en las juntas, porque la tropa entendía sus discursos. El trato continuado con los soldados le había enseñado a hablar el fenicio, y la larga duración de la guerra había precisado a los más a usar de esta lengua cuando se saludaban. Por cuyo motivo todos le aplaudieron a una voz, y él se retiró colmado de elogios. Aproximáronse después muchos de cada nación y desearon, por los beneficios recibidos de Gescón, interceder por su suplicio. Al hablar muchos a un tiempo y cada uno en su propia lengua, no se entendía nada de cuanto proferían. Pero después que se supo con certeza que intercedían por su castigo, y alguno de los que estaban sentados dijo: «*mátalos todos*», inmediatamente mataron a pedradas a cuantos se acercaron. Mientras que los parientes sacaban fuera a estos infelices como si hubieran sido destrozados por las fieras, los soldados de Esendio se apoderan de Gescón y sus compañeros, que eran hasta setecientos, los llevan fuera del atrincheramiento, los sitúan a corta distancia del campo y les cortan primero las manos, empezando por Gescón; este hombre, a quien poco antes habían preferido entre todos los cartagineses, habían reconocido por su bienhechor y puesto por árbitro de sus diferencias. Luego de realizada esta operación, amputan a estos infelices los extremos de todos los miembros, los mutilan, les rompen las piernas y, vivos aún, los arrojan en un hoyo.

Los cartagineses, conocido este infortunio y sin medio para satisfacer su resentimiento, se lamentaron, sintieron en el alma su desgracia y cursaron orden a Amílcar y a Hannón, otro de los comandantes, encargándoles socorriesen y vengasen a estos infelices. Despacharon también reyes de armas a aquellos impíos para recobrar los cadáveres. Mas ellos, lejos de entregarlos, advirtieron a los emisarios que ni reyes de armas ni diputados enviasen otra vez, so pena de que sufrirían igual castigo que Gescón. Efectivamente, publicaron un bando de común acuerdo para que al cartaginés que se apresase en adelante se le hiciese morir en el tormento, y al que fuese aliado, se le enviase de nuevo, cortadas las manos: ley que se observó en adelante con todo rigor.

A la vista de esto, cualquiera diría sin reparo que, si el cuerpo humano y algunas llagas o tumores que en él se engendran se enconan y se tornan completamente incurables, con mucha más razón los ánimos. Existen heridas que, si se las aplica remedio, tal vez éste las irrita y apresura su progreso: si se las omite, su maligna naturaleza corroe las partes próximas y no se detiene hasta que causa la ruina al cuerpo que las padece. De igual modo en los ánimos se engendran muchas veces tales malignos vapores y enconos, que conducen al hombre a excesos de impiedad y fiereza sobre todos los animales. Con tales hombres, si usas de conmiseración y dulzura, éste en su opinión es un dolo y artificio que los hace más desconfiados e irreconciliables con sus bienhechores. Si, por el contrario, te vales del castigo y te opones a su furor, no hay crímenes ni atentados de que no sean capaces, calificando de virtud semejante audacia, hasta que convertidos en fieras se desprenden de todo sentimiento de humanidad. Entiéndase que el desarreglo de costumbres y la mala educación en la infancia son el origen y causa principal de este desorden; bien que hay otras muchas que participan, tales son principal-

mente los malos tratamientos y la avaricia de los jefes. Buen ejemplo tenemos en lo que entonces aconteció en todo el cuerpo de tropas extranjeras, y sobre todo en los que las mandaban.